nuestras amigas solo faltaba Aurelia, la cual, despues de casada con el capitan Thompson, no habia querido separarse de él, tanto menos cuanto que ya no le molestaba la navegacion y tenia á su lado quien la defendiese en caso de peligro.

Horacio y Muzio conversaban en un estremo del salon acerca de los asuntos del dia, pero habiendoseles acercado Attilio para decirles que habia visto en la plaza á Cencio, salieron todos tres despues de hablar algunas palabras en voz baja.

A los pocos momentos oí que el pueblo me llamaba al balcon, y cuando empezaba á dirigirle la palabra, ví á mis tres amigos que haciendo heróicos esfuerzos para atravesar entre la multitud, consiguieron al fin rodear al falso veneciano.

La nervuda mano de Horacio cayó de improviso sobre el brazo del agente, y entretanto Muzio se acercó por el otro lado y le dijo:

-Cencio, es preciso que nos sigais inmediatamente.

Al oir esto, el espía comenzó á temblar de piés á cabeza, cubrióse su semblante de una palidez mortal, y sin articular una palabra siguió á Muzio, escoltado por Horacio y Attilio.

## CAPÍTULO XLVIII.

La sentencia de muerte.

Los Papas, que se titulan los vicarios de Cristo, son los que han instituido la inquisición, los que han enseñado al mundo el arte de aplicar el tormento y los que han decretado los autos de fé. En una época no muy lejana, muchas naciones han tenido la desgracia de sufrir las consecuencias de tantas iniquidades, y en España, por ejemplo, pasaron muchos siglos antes de que el pueblo sacudiera el yugo de los atormentadores de Roma. Aun hoy dia, el representante de Cristo en el Vaticano, ejerce sus sanguinarias venganzas de varios modos, recurriendo ya á la daga, ya al puñal, ó bien al brigandaje.

En el tribunal de Roma se habia dictado hacia mucho tiempo, sentencia de muerte contra el príncipe T..., hermano de Irene, y con este motivo, ordenóse á Cencio que se encargara de la ejecucion del terrible decreto, para lo cual debian ponerse á sus órdenes ocho asesinos, que aprovechándose del tumulto ocasionado por mi llegada á Venecia, podrian llevar á cabo su crímen. Los

ocho cómplices de Cencio se hallaban apostados en las cercanías del palacio Victoria, y cuatro de ellos tenian encargo de alquilar una góndola que dirigirian por sí mismos á fin de realizar su proyecto sin testigos, si se presentaba una ocasion para ello.

El espía solo se ocupaba de vigilar de cerca al príncipe, mas or fortuna para el hermano de Irene, Horacio y sus amigos se apoderaron de Cencio antes de que pudiese llevarse á cabo la infame trama. Prescindiendo de esto, contábase tambien con el auxilio de Gaspar, que debia ser muy eficaz.

El antiguo capitan habia seguido á sus compañeros, deseoso de alejarse del territorio Papal, y despues de ofrecer sus servicios al príncipe T..., quien los aceptó gustoso, acompañóle á Venecia, donde esperaba encontrar á sus antiguos hermanos de armas. Cuando el príncipe fué al palacio Zecchini, el fiel Gaspar permaneció en la plaza de San Márcos para disfrutar del magnifico golpe de vista que ofrecia, y habiendo visto á poco á Horacio y á sus amigos atravesar por entre la multitud, siguióles tan de cerca como le fué posible, hasta que llegaron á la taberna de Vicola, en la cual entró poco despues.

Horacio pidió un cuarto separado, ordenó al mozo que tragera dos botellas de vino, y cuando se hubo retirado aquel, cerró la puerta con llave, invitando á sus compañeros á que tomaran asiento.

Cencio temblaba de piés á cabeza al ver que todos fijaban en él una mirada sombría; en cualquiera otra ocasion, y en distintas circunstancias, aquel miserable hubiera inspirado lástima, pero Cencio era un traidor, y los cuatro romanos estaban resueltos á castigarle severamente.

La calma de Horacio y de sus amigos contrastaba con la mirada de terror que Cencio dirigia á todas partes cual si buscara una salida para huir de sus terribles enemigos, y cualquier observador atento hubiera comprendido seguramente al contemplar aquel grupo, que se trataba de alguna cosa muy grave.

Horacio, Attilio y Muzio habrian llamado desde luego la atencion por su aspecto varonil y su aire resuelto, pero aun era mas notable la figura de Gaspar, que ofrecia el tipo mas perfecto del brigante italiano, que jamás haya podido trasladarse al lienzo del artista, si bien su aspecto era majestuoso, sus facciones revelaban á la vez franqueza y energía, y fácil era reconocer desde luego que el antiguo capitan no era uno de esos bandidos adocenados que viven solo del robo y del asesinato.

Despues de algunos momentos de silencio, Muzio, el que habia sido en otro tiempo el jefe de la contra-policía romana, tomó la palabra al fin, y dirigiéndose al espía, le dijo:

—Voy á empezar por referiros una historia que acaso sepais ya, puesto que sois romano, pero aun cuando sea así, me parece oportuno recordárosla.

Cierto dia, cansados nuestros ascendientes del dominio del primer rey de Roma, que entre otros crímenes habia cometido el de matar á su hermano Remo por una cosa insignificante, organizaron un senatus consultum, y resolvieron deshacerse de un monarca que habia llegado á ser demasiado déspota. Sin vacilar un momento, los que habian tomado esta determinacion fueron á buscar á Rómulo, y aun cuando se defendió valerosamente, le mataron á puñaladas, pero una vez consumado el acto, que en concepto de nuestros padres era de justicia, creyóse necesario buscar algun pretesto para aplacar al pueblo que hasta cierto punto amaba á su rey. Hiciéronse varias proposiciones, y aprobadas las de un anciano senador, se convino en decir al pueblo que el difunto padre de Rómulo se les habia aparecido, y que despues de reprenderlos por la indigna conducta que observaban con su rey, se habia llevado su hijo al cielo.

- —Pero qué haremos con el cadáver? preguntaron algunos de los senadores.
  - -Por esto no debemos apurarnos, repuso el anciano.

Y sacando su daga, hizo pedazos el cuerpo de Rómulo, dispuso que cada cual cogiese uno, ocultándolo lo mejor posible, y poco despues fueron arrojados al Tiber los restos del tirano.

- —Ahora bien, continuó Muzio, ¿ no os parece, señor Cencio, que no siendo vos un rey de Roma, sino un miserable traidor, podriais contentaros con una muerte tan honrosa?
- —; Misericordia! gritó Cencio, aterrorizado; yo haré cuanto exijais de mí, mas por amor de vuestros amigos, de vuestras esposas y de vuestras madres, no me deis una muerte tan cruel.
- —¡ Infame! esclamó Muzio, conteniendo apenas su cólera, ¿ creeis que haya una muerte bastante cruel para un espía y un traidor? ¿ Olvidais acaso que vendisteis el secreto de los baños de Caracalla, y que por vuestra infamia estuvimos todos á punto de perder la vida?

El espía comenzó á llorar, temblando como un azogado.

- —; Cuál es el objeto de vuestra venida á Venecia? continuó Muzio; ¿ qué os proponeis? ¿ Quién os ha enviado aquí?
- -Yo os lo diré todo, murmuró Cencio con voz apagada.
- —Sí, repuso Muzio, decidlo todo ahora mismo, porque de lo contrario, trataremos de buscar el secreto en vuestro corazon con la punta de nuestras dagas.
- —Sí, yo os lo diré todo, repitió Cencio, que dominado por el terror, apenas podia pronunciar las palabras.
- —; Pronto, pronto! gritaron Horacio y Attilio, cuya paciencia se iba apurando.

Por un momento reinó un silencio de muerte, y haciendo al fin el espía un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, comenzó á decir:

—Si apreciais en algo la vida del príncipe T...

- —; El hermano de Irene! gritó Horacio, arrojándose sobre Cencio, á quien sujetó por el cuello con su poderosa diestra.
- -; Por Dios! no me mateis, murmuró Cencio con voz ahogada.
- —Hermano, dijo Attilio á su compañero, tened un poco de paciencia y dejadle hablar, pues si le ahogais no vamos á saber nada.

Comprendiendo Horacio que la observacion era justa, soltó al espía, diciéndole:

- —Vamos, hablad pronto, antes que acabe de perder la paciencia.
- —Si apreciais en algo la vida del príncipe T..., repitió Cencio, vamos á buscarle ahora mismo, pues ocho emisarios del Santo Oficio tienen órden de asesinarle, y están apostados con este objeto en las inmediaciones del palacio Victoria.

Mientras ocurria esta escena en la taberna de Vicola, el pueblo entusiasmado gritaba en la plaza de San Márcos:

- -; Muerte á los curas!
- —; No mateis á nadie! repliqué yo asomándome al balcon y dirigiendo mi voz al pueblo; no turbeis vuestra alegría cometiendo violencias que yo seria el primero en deplorar.

Estas fueron mis palabras, y sin embargo, no se me ocultaba que nadie merecia tanto la muerte como aquellos que habian convertido la Italia en un cementerio, enterrando en él su pasada grandeza. Becaria tenia razon: el que vierte la sangre de sus hermanos es un impío, pero no creo que Italia pueda verse nunca libre de aquellos que la tiranizan, sino aniquila completamente á sus enemigos.

Las palabras que yo dirigí al pueblo no fueron oidas por los que

estaban en el último estremo de la plaza, y esto dió lugar á que ocurriera un desórden que no estuvo en mi mano impedir. Una multitud que se hallaba cerca del palacio del Patriarca, avanzó furiosa hácia el edificio, penetró en él, arrollando todos los obstáculos que se oponian á su paso, y despues de invadir las habitaciones, algunos hombres empezaron á tirar por las ventanas cuantos muebles, estátuas y cuadros habia en el palacio.

Muchos artistas y apasionados de las obras maestras, hubieran podido gritar entónces; ¡escándalo!; sacrilegio! y seguramente era una lástima destruir los ricos objetos de arte y las preciosidades que el pueblo indignado arrojaba por balcones y ventanas.

Por lo que hace al Patriarca, ¡desgraciado de él si hubiese caido en poder de la multitud! pero tuvo la suerte de escaparse, como se han escapado otros muchos de los que, aun cuando se titulen campeones de la fé no quieren nunca sufrir el martirio. Parece ser que al ver su Eminencia que la multitud se dirigia al palacio, salió inmediatamente por una puerta secreta, y embarcándose en una de sus góndolas, budo librarse de una muerte segura.

Cuando mas escitada estaba la multitud, apareció en la plaza el Recluso, que siempre inspiraba respeto á todos, y apenas hubo dirigido su palabra al pueblo, calmóse la efervescencia que reinaba entre la multitud, y bien pronto volvió á restablecerse la tranquilidad.

## CAPITULO XLIX.

El principe T.....

El príncipe T..... como ya hemos dicho, habia ido al palacio Zecchini, invitado por el dueño de la casa, y al penetrar en los salones, no pudo menos de llamarle la atencion la brillante concurrencia que allí se habia reunido. El hermano de Irene comenzaba á pasar revista á todas las hermosas damas que iba encontrando á su paso, cuando de pronto vió cruzar á su lado una jóven rubia cuya belleza escitó su admiracion, una de esas mujeres que no se olvidan cuando se han visto una vez, y cuyas miradas bastan para encender una pasion abrasadora.

Habiendo observado el príncipe que aquella hermosa jóven le miraba de vez en cuando, resolvió no perderla de vista en toda la noche, pero al poco tiempo vió que la desconocida abandonaba los salones, y se lanzo sin vacilar en su seguimiento. Sin embargo, era tal la concurrencia, que el hermano de Irene no pudo adelantar tanto como aquella á quien perseguia, resultando de aquí que al llegar á la puerta del palacio, solo pudo observar que su bella desconocida acababa de embarcarse en una góndola.